

BARNETT, RONALD. *Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad*, Barcelona, 2001, Gedisa, 286 p.

por Francisco Xavier González y Ortiz

Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad, de Ronald Barnett, Barcelona 2001.

Se habla mucho hoy (IX/2008) y en todos lados de estas cuatro cosas relacionándolas entre sí: el conocimiento, la educación superior, la sociedad y las competencias. Resalto por interés sobre todo las competencias, el término menos importante de los que se mencionan en el libro, pero del que más se habla. Es de hecho el eje alrededor del cual, en lugar de sólo girar, las otras cosas se intersectan a veces haciendo incluso colusión; otras se atraviesan unas a otras, lo cual atrapa nuestro pensamiento y nos compromete en la reflexión. Quizá sea ésta la mayor virtud del libro, que nos informa y nos hace pensar.

El vocablo competencias tal como se lo usa tiene más que ver con el inglés *competence* que con el vocablo español competencia cuya primera acepción consigna el *Diccionario de la Lengua Española* como: “Disputa o contienda

entre dos o más sujetos sobre alguna cosa” y como segunda: “Oposición o rivalidad entre dos o más que aspiran a obtener la misma cosa”, y sólo en la cuarta acepción aparece “Aptitud o idoneidad” que es el significado que se echa a jugar al hablar de *competencias* como se lo emplea en estos días que corren: en relación con lo que los estudiantes de educación superior deberían saber al concluir sus estudios, pues se estaría hablando de las habilidades o capacidades (competencias) que deben o deberían tener, en principio, estos egresados de las universidades e institutos de enseñanza superior. Es en ese sentido como se vincula a las *competencias* con la educación superior, pues supuestamente los *curricula* o planes de estudio de nuestros estudiantes deberían incluir todas las capacidades, habilidades (y competencias) que son necesarias para actuar eficazmente en éste nuestro tan complejo, movido y difícil mundo de hoy. (Entre paréntesis diré, que de hecho la palabra *competence* es una mala traducción del inglés al español, que debió usar capacidad o habilidad en lugar de competencia, porque se dan unos cruces semánticos muy cuestionables).

Pero no es gratuito el uso de competencias porque el término hace pensar en un mundo donde parece querer-se dar por hecho que competir es algo esencial para ésta nuestra cultura occidental, comandada por la visión del mundo norteamericana (que hoy, sin embargo, está derrumbándose parece

que en más de un sentido). Sin embargo hay otros que, al contrario, consideran que hay demasiadas competencias (una economista del Instituto de Investigaciones Económicas asegura en nuestra *Gaceta UNAM*, [29/IX/08] que la situación de riesgo en la que está la producción nacional de auto partes, se debe en parte al desempleo y el éxodo de compañías transnacionales localizadas en el país, a causa de la alta competitividad entre ellas... y también a que nuestro gobierno no hace nada). Con esta intrusión un tanto brusca quiero decir que no todo es acuerdo en cuanto a las competencias, más bien podríamos decir que hay mucha discusión al respecto.

Hay quienes sostienen que, en efecto, un joven que ha pasado por una educación superior de calidad tiene que ser *competente* (sin analizar los matices y acepciones de la palabra) queriendo decir que tiene que incluir en su comportamiento todo lo que se necesita para ser *competente*. Pero aquí es donde se ignoran las acepciones principales de competencia -en español- y se pasa a “estar capacitado o bien habilitado para efectuar los trabajos, obras y tareas” que requiere nuestra tan compleja sociedad. ¿Quién podría estar en contra de eso? Pero lo difícil es ponerse de acuerdo en los términos reales, en lo que verdaderamente significan los conceptos que se emplean.

La mala traducción de *competences* difumina las cosas en lugar de aclararlas, pues se compete para ganar (para ganarle al otro o a los otros competidores,

porque si no es así, entonces ¿para qué competir?). Pero entonces lo que se cuele de modo sutil y sin decirse claramente, es ya una participación del mundo empresarial o comercial y esa noción de que todos tenemos que ser competentes, y sobre todo quienes han cursado la educación superior, que somos en este país una mínima parte de la población. Por desgracia asoma también con “las competencias”, una especie de “todos contra todos”, que en buena parte está caracterizando a nuestra sociedad, sobre todo en los momentos actuales por los que atraviesa no sólo nuestro México, sino también una buena parte del mundo.

Pero quien sale aquí perdiendo más que nadie es la sociedad, porque lo que pasa a tercer o cuarto lugar es la solidaridad, que es quizá lo primero a lo que tendríamos que recurrir en momentos tan difíciles como éstos.

Lo justo del libro de Barnett es también incluir el punto de vista que a este respecto tienen los empresarios, comerciantes, industriales y todos aquellos que comparten sus puntos de vista. Ellos les piden a las universidades que sus egresados sean competentes, o estén bien capacitados, para enfrentar este internetizado mundo y las necesidades que nos plantea. Barnett enfrenta constantemente ante nosotros estas perspectivas, visiones del mundo o ideologías, de modo que el lector pueda tener ambas visiones en cuenta. Y considera particularmente las definiciones sobre las competencias que tienen nuestras universidades

y nuestras comunidades empresariales, pero aquí debemos recordar que el libro no trata de estas ‘comunidades nuestras’ ni tampoco nuestras universidades, sino las inglesas. Sin mantener presente este importante filtro podríamos caer en no pocos errores de apreciación y obtener ideas muy equivocadas de nuestra lectura de este libro.

Y es que el problema tiene muchas facetas. Naturalmente existe acuerdo en la idea de que las universidades tienen mucho que ver con nuestra educación y con cómo le va al país que produce y otorga o imparte esa educación, pero aquí es donde le llueven críticas a las universidades y a veces incluso se las quiere culpar de nuestros atrasos, fracasos y un largo etcétera. Como si sólo fueran ellas las responsables de todo lo que significa e implica la educación superior (incluidas preparatorias y colegios de ciencias y humanidades); es decir, como si ésta no tuviera también una estrecha relación con la escuela secundaria, y ésta con la primaria, e incluso ésta con la preprimaria, y aun ésta con todas y cada una de las familias que mandan a sus hijos a las escuelas; es decir, con la educación familiar, que sigue siendo la más importante de todas y la más desprotegida, lo que podemos constatar sólo tomando en cuenta las estadísticas sobre pobreza en nuestro país. Sólo tras este largo encadenamiento podríamos preguntarnos realmente y sin reduccionismos ¿qué es lo que puede estar sucediendo con nuestra educación? y con las competencias.

Sin embargo a veces se sostiene de este modo parcial, que nuestras universidades o nuestro sistema de educación superior no están capacitando adecuadamente a nuestros estudiantes; no los están haciendo “competentes”. Intentemos darle a estas críticas una respuesta adecuada tomando en cuenta lo anterior y sin salirnos del contexto del libro de Barnett.

Ya lo dijimos, y no podría ser de otro modo, la mayor parte de estas críticas provienen sobre todo de los sectores comerciales y empresariales, a los cuales no debemos condenar sin más por pedir que nuestros estudiantes salgan más preparados de acuerdo con las necesidades que el propio país está pidiendo o mostrando. Dos sectores, pues, se encuentran frente a frente: las universidades y sus argumentos, y los sectores empresariales y los suyos; y las competencias casi como esa educación ideal que debería obtener todo aquel que pasa por las aulas de las instituciones de educación superior. Alguien que debería salir de ahí muy bien preparado para enfrentar casi cualquier situación que pudiera presentarse en un mundo como el nuestro.

Pero ahí empiezan a surgir las diferencias porque nadie está de acuerdo en que la situación actual es satisfactoria. Tanto en Inglaterra como aquí y en otros lugares hay muchas cosas que no están sucediendo como deberían, y estos dos sectores que venimos abordando no logran ponerse de acuerdo y alínean sus argumentos a uno y otro lado. (Al mismo tiempo se hace evidente

que hay muchos programas universitarios que vienen trabajando desde hace mucho con la iniciativa privada a veces produciendo y otras comercializando y de muchas otras formas, y obteniendo magníficos resultados, como nos lo recuerda a cada rato nuestra *Gaceta* y nuestros periódicos).

Claro que aquí la principal pre-ocupación es el conjunto de ideas y significados predominantes que deberían configurar la educación superior, y que determinan nada más y nada menos que las cambiantes relaciones entre la sociedad en su conjunto y la propia educación superior. Es aquí donde esos significados reciben importantes influencias que provienen del “tráfico entre las instituciones y la sociedad en general”; es nuestra sociedad contemporánea analizando los conceptos más importantes de sus instituciones clave (Cf. p. 223). Y por eso también circulan, por una parte, conceptos como consumidor, eficiencia, auditoría y competencia, al lado del dominio de la disciplina, la transmisión adecuada del conocimiento. Muchos de estos conceptos le importan a ambos sectores, pero de maneras distintas. A lo largo de su libro, Barnett tanto sostiene una de estas posiciones como la otra, y los ejemplos lo hacen a uno pensar: “...los problemas se plantean cada vez más a partir de situaciones de la vida real; es decir, el trabajo”; estos enfoques

...prometen reducir los costos de la Educación Superior [...] uno de ellos

propugna el aprendizaje fuera de las instituciones [...] y el otro limita el papel de las clases...;

y también se considera “...el control por parte de los pares [en el trabajo] y el aprendizaje abierto...”. Hoy

...el estado, el mercado y las instituciones económicas de la sociedad moderna ejercen... una influencia directa sobre el carácter de la Educación Superior, mientras que antes ésta era indirecta.

O nos muestra que no es lo mismo dictar un curso de tiempo completo en un *campus*, (como pasa en USA) *versus* un programa de tiempo parcial fundado en el aprendizaje en el trabajo) (Cf. pp. 21 y 22 para todo esto).

El autor nos recuerda que el conocimiento, la educación superior y la sociedad interactúan en muchos lugares y a diferentes alturas, y también sostiene que las ideas influyen

...sobre las prácticas de la educación superior y más generalmente sobre las cuestiones sociales, (Cf. p 15)

“como son también los *curricula* y la organización de nuestras universidades” (sin olvidar que nosotros *no* hemos alcanzado el nivel de desarrollo de Inglaterra, país del que habla Barnett). Pero sin embargo él sostiene que una ideología, la de la *competencia académica*, está siendo desplazada por otra (“en un movimiento dialéctico”)

la de la *competencia operativa*. Y que ambas ideologías son limitantes y cerradas y se rechazan: tanto la académica (el intelecto, los conocimientos, la verdad, la objetividad y las disciplinas) como la operativa (las competencias, los resultados las habilidades y la capacidad de transferencia); la primera cerrada del lado de la cultura cognitiva, y la segunda cerrada en su estrecha relación con la economía. Y su conclusión final es que lo que hace falta es una alternativa diferente que pasaría por una nueva definición de la educación del ser humano, y por un replanteamiento de dónde estamos y una revisión de los límites que nos hemos planteado, y del quebrantamiento de esos límites por parte de una modernidad que ya tenemos encima. (Cf. pp.15-16).

Otra importante idea subyacente del autor dirigida a ambos sectores: “No sólo tener una idea de las orillas, sino conocer o llegar al flujo de la corriente principal”. Y como ejemplo nos dice que la educación superior no puede prescindir de sus relaciones con el mercado laboral, a sabiendas de que estas relaciones no son simples. (Pero entre nosotros la educación superior, y en particular la UNAM está entrando más y más en el mercado e incluso ocupamos un lugar destacado en cuanto a desarrollo en ése y todos los sentidos. No parecería que necesitaríamos cambios en ese tenor, sino más bien mucho más apoyo por parte de nuestros gobiernos, que sin embargo nos regatean e incluso disminuyen nuestros presupuestos).

El autor nos hace ver (a mí, cuando menos) que el ámbito académico y el del mercado del trabajo, aunque hablan aparentemente de las mismas cosas, como nos lo muestra él, en realidad no están refiriéndose a lo mismo; y entonces escribe, por ejemplo aquí:

Ciertamente la comprensión está presente en el mundo corporativo, pero es una comprensión que se obtiene dentro de una estructura de poder y de éxito. Lo que cuenta en cambio en el mundo académico es la ilustración basada en la verdad (p. 234)

Por otra parte Barnett sostiene que las disciplinas (la academia) son más propensas a la cerrazón que los elementos operacionales (las organizaciones empresariales), precisamente porque el elevado nivel de sistematización de las primeras tiende a la durabilidad e incluso a una inercia en su operación, lo que no tiene el mundo empresarial al deber enfrentar los desafíos del mundo real, lo cual parece ser muy cierto. Lo que sin embargo también va quedando más y más claro es que la Academia requiere más atributos y cualidades éticas que la Técnica, y por eso ésta puede parecer más dispuesta a la apertura y la innovación; es decir a

La competencia, la habilidad, el *know how*, el lograr que las cosas se hagan, la técnica, la eficacia, la operatividad: todo [lo cual] conforma una constelación de conceptos que marcan un

discurso y un conjunto de intereses. (*Cf.* p. 238).

Sí claro, podemos preguntarnos si nuestras universidades poseen un carácter realmente educativo, y hasta “competente”, puesto que la educación superior es una idea que cambia tenemos que tratar de localizar ese caudal social principal. Pero tal caudal está aquí constituido sin lugar a dudas por las mayorías empobrecidas, y ante eso cambian muchas cosas, y aunque ambos lados alientan, por ejemplo, la crítica, la transferencia del conocimiento (enseñanza), la apertura que debería tenerse hacia lo social, esto es algo que no logra concretarse. A estas alturas el asunto empieza a resultar menos estimulante y se convierte en otra cosa, y lo que gana mi interés es el planteamiento que hace Barnett de una solución.

El autor casi no deja de darnos definiciones opuestas entre la competencia operacional y la académica a lo largo de todo su libro, pero al final nos conmina a dar un salto en una dirección completamente otra; hacia algo nuevo y que no signifique unir lo que de conjuntable podrían tener las perspectivas analizadas sino una tercera cosa: “una sociedad que aprende” dice, aunque reconoce que todavía no tenemos una educación superior para una sociedad así. ¿Qué es pues esto que propone Barnett para mejorar la comprensión de ése que el llama “el mundo de la vida”: una capacitación práctica, de perspectivas múltiples,

consensual y dialogística cuyo objetivo es permitirnos manejar mejor nuestras situaciones; es decir, por ejemplo, tener sensibilidad respecto de los demás, captar los valores en conflicto, apreciar estéticamente las cosas, tener una preocupación por el entorno...

No es de ninguna manera poca cosa lo que pide Barnett: una auténtica preocupación, filosófica por ése que llamamos “el otro”, perspectiva que cambiaría ciertamente la faz de esta Tierra tal como ahora la conocemos. Lo que propone Barnett es magnífico y muy respetable y yo apenas he tocado unas cuantas cosas de todo lo que él dice y como él las dice. Y naturalmente se mueve en el campo de la utopía, pero es quizá hacia ahí hacia donde debemos apuntar para salir de este atolladero en el que, pese a todo, nos encontramos verdaderamente en los llamados “países en desarrollo”.

Por eso salta aquí de nuevo nuestra condición real, nosotros somos un país de bajo desarrollo, ya sea que nos comparemos con los ingleses, vía Barnett, o los hagamos con los norteamericanos como tendemos a hacer todo el tiempo, y que nos provoca un sinnúmero de problemas porque no somos iguales y no podemos compararnos con ellos. Y sin embargo queremos emularlos, porque ellos han ido marcando lo que es el desarrollo, y olvidamos que nuestras necesidades y nuestra situación son totalmente distintas. Pero además ahora (octubre del 2008) ese mundo también

está resquebrajándose en sus propios cimientos y mostrando una cara que pocos querían reconocer y que hoy se hace cada día más evidente, y que significa una quiebra de ese sistema. Una manera de ser que nos servía como modelo y que nos era incluso exigida, deja casi súbitamente de funcionar (aunque unos cuantos ya nos decían que se acercaba el infierno) y nos deja en el desamparo y sin saber muy bien hacia dónde debemos ir en lo sucesivo.

Y entonces se pone en juego algo más que debe trascender estos enfoques, como pide Barnett, lo que hace falta es una nueva racionalidad que reencauce nuestras capacidades hacia el ser humano porque de otro modo nuestra realidad mexicana ya no se refleja por ninguna parte. Compartimos entonces el punto de vista de Barnett, el problema es empezar a labrar una brecha en esa dirección

Digamos, por último, que Barnett nos recuerda que Adorno y Horkheimer creen pesimistamente que la modernidad y su nuevo orden “representan una concepción empobrecida del ser humano...dominada por una racionalidad instrumental”. (p. 20). Barnett apuntaba también a un verdadero desarrollo humano, ciertamente ideales y valores que está necesitando nuestro mundo moderno que ha mantenido a la mayor parte de la población mundial al margen de sus beneficios, cuando lo que nos hace falta es una solidaridad estructural y política.

